

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, JULIO 1º DE 1874.

{ NUM. 63.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LA CRIADITA.

M. de Horicourt, antiguo cambista, habia casado á su hija con Saint Alme, jóven de alto nacimiento, á quien habia distinguido en su despacho, así á causa de su aplicacion como de su noble modo de pensar, y complaciéndose en reparar sus desgracias. Este enlace fué tan dichoso como aquel tierno padre habia previsto. Iguales inclinaciones, genios muy parecidos; opulencia y hermosura por parte de la jóven mujer; talento, franqueza, y amabilidad por la de su marido: todo estaba reunido para asegurar su mutua felicidad, juntamente con la de M. de Horicourt. Un fruto dulce de este himeneo vino á duplicar sus encantos. Una hija vió la luz con general satisfaccion de esta dichosa familia, con mas particularidad del abuelo, que quiso besarla el primero, y la llamó Lilia.

Pero á pocos meses de haber nacido aquella niña querida, cansóse al parecer la Providencia de derramar tantos favores sobre M. de Horicourt. Un sin número de bancarotas le llevó parte de su caudal;

su yerno, al que gustaba tanto llamarle hijo adoptivo suyo, y que habia de sucederle en su lucida y honrosa carrera, se rindió á los tormentos de una grave enfermedad nacida del excesivo trabajo. Este amable é interesante sugeto murió ántes de haberse oido dar de Lilia el dulce nombre de padre. La tenia continuamente en sus brazos, y recomendaba á M. de Horicourt fuese la gufa, amparo, y protector de su existencia. En balde su jóven esposa suplicando, levantadas las manos al cielo, y anegados en lágrimas los ojos, invocaba á la Providencia para la conservacion de un marido tan amado: Saint Alme espiró en sus brazos, dirigiendo todavía una mirada hácia su hija, cuyo nombre fué lo último que articuló su boca.

M. de Horicourt y su hija se hallaban inconsolables con la pérdida que acababan de sufrir. No hallaban mas alivio en su pena que el de consolarse uno á otro; ó por mejor decir, no hacian sino gemir y llorar juntos. Lilia, á la que su madre daba de mamar, y que por dias iba haciéndose mas pulida, era el único objeto que pudiese ocuparlos, y dar alguna tregua á su dolor. Esta preciosa niña tenia continuamente pintada la risa en sus tiernecitos labios, sus ojos pintaban con toda propiedad la dulzura; y todo anunciaba al parecer que ella reuniria

un dia las relevantes prendas de su padre, de quien era fiel retrato.

Llegó sin sentir á tener dos años, medio pronunciaba ya los nombres de su madre y abuelo; á poco tiempo, despejándose sus facultades morales, igualmente que las corporales, anduvo sola, y comenzó á repetir algunas palabras, y frases; y su amable charla y cándidas gracias realzaron luego el atractivo esparcido en toda su figura. Se hizo tan notable por los primeros desahogos de su corazon, como lo era por todos los dones que la naturaleza se habia complacido en derramar sobre ella.

No se saciaba M. de Horicourt de admirar y acariciar á esta niña. La llevaba por las calles y paseos; la tenia continuamente en su gabinete, la mandaba sentar á su lado en la mesa, y acostarse en un cuarto inmediato al suyo. Lilia, finalmente, era el tesoro, la felicidad, y la vida de su abuelo. Tantos cuidados y cariño la dispensaban frecuentemente á madama de Saint Alme, jóven y linda todavía, de velar sobre su hija. Resolvió salir de la soledad austera en que se habia conservado durante el primer año de su viudez. Volvió poco á poco al trato de gentes, y se presentó en las lucidas concurrencias á que habia asistido en otros tiempos; de nuevo se atrajo las miradas con sus habilidades y gracias, y

acabó haciendo elección de un segundo marido, que al parecer le ofrecía una felicidad estable, de que apenas había tenido lugar de disfrutar con el primero.

El que hizo á madama de Saint Alme volver á encender las antorchas de himeneo fué un capitán de artillería, llamado Coulanges, sugeto condecorado, en la flor de la edad, y de un mérito muy distinguido. M. de Horicourt estuvo bien distante de aprobar este segundo matrimonio; su mucha inclinación á Lilia le hacía temer que ésta perdiese algo en la ternura de su madre, en el caso de que resultase familia de este segundo enlace. Temía también, á pesar de las altas prendas que sobresalían en su nuevo yerno, una cierta prontitud, de que daba estas muestras frecuentes en la conversacion, y que se le notaba en sus modales; y semejante prenda, aunque era en algun modo patrimonio propio de un valiente cual él, no dejaba de poner en cuidado á M. de Horicourt sobre la educacion y suerte de su querida Lilia.

Sus recelos no eran mas que sobradamente fundados. M. de Coulanges, cuando una vez se vió casado con la hermosa viuda, no se refrenó ya, y dió rienda suelta á su fogoso genio; y únicamente la dulzura inalterable de su mujer era capaz de domarle. No tardó Lilia en experimentar los tristes efectos de ello. Es preciso ser padre para aguantar todos los antojillos de las criaturas, y llevar con paciencia su charla, y gritería: y aunque Lilia mostraba continuamente un genio suave y alegre, hay sin embargo momentos en que la infancia paga su deuda á la naturaleza. Por lo mismo M. de Coulanges, sin propasarse nunca á maltratar á la niña de Saint Alme, la espantaba unas veces con sus bigotes y negros ojazos, otras la mandaba levantarse de la mesa cuando lloraba, y algunas finalmente la privaba de los confites y juguetes por la menor travessurilla.

Pero este distinguido oficial llegó á ser padre sucesivamente; tuvo madama de Coulanges una segunda hija, que fué llamada Leontina, á la que quiso criar como había hecho con la mayor, á fin de que le fuese igualmente estimada, y que su marido no le echase en cara nunca la menor preferencia.

Entonces experimentó M. de Coulanges todo el tierno interes que la infancia infunde. Se veía diariamente, y aun á cada instante, que este valeroso militar, formidable capitán de artillería, llevaba en los hombros á su Leontinilla, la mecía en sus brazos para impedir que gritase, la paseaba con los andadores, para ensayar sus primeros pasos; se adelantaba á todos sus deseos, se sujetaba á sus antojos, y en una palabra, se volvía el mas sumiso esclavo.

Lilia se resintió de estos dulces desahogos del capitán, experimentó ménos vivacidades de su parte, recibió ménos reprensiones; y como esta adorable criatura era de una dulzura angelical, logró ganarse poco á poco la buena voluntad y cariño de su padrastro. Lo que mas particularmente había seducido á este último, eran los tiernos y multiplicados cuidadillos de Lilia por su nueva hermanita. M. de Coulanges no podía ménos de enternecerse á la vista de este insinuante espectáculo; y cuando partió para los ejércitos, y se despidió de su familia, tomó en los brazos á su hijastra, y le dió por la primera vez un beso que humedeció los ojos de esta amable niña, y le hizo decir con el dulce candor que la caracterizaba: «¡Ah! ¡qué buen beso! casi vale tanto como los de mi abuelo.»

Pasáronse dos años durante los cuales hizo M. de Coulanges las primeras campañas de Alemania. Distinguióse en ellas con tales prodigios de valor, que le nombraron coronel sobre el campo mismo de batalla. Habiéndose ajustado la paz, volvió á París para ver de nuevo á su mujer á quien idolatraba, y á su querida Leontina, que entraba entonces en los cuatro años, y cuya charla, que su padre tomaba por entendimiento, cuya malicia, á la que daba el nombre de travesura, y cuya envidia, á la que aplicaba las propiedades de la entereza, embelaron al coronel, que no había visto nunca, decía él mismo, criatura mas hechicera ni amable.

Sin embargo, á pesar de toda la pasión paternal, M. de Coulanges no podía ménos de hallar á Lilia, de edad entonces de siete años, mucho mas bonita que Leontina. Cuanto mas duro, altivo, y desdenguado era el aire de ésta, tanto mas llevaba impresas aquella en su fisonomía la dulzura y donaire; cuanto mas fatigaba y hostigaba á los criados la segunda con sus caprichos y pedigueñerías, otro tanto mas se ganaba todos los corazones la primera con sus agasajos y obsequiosidad. Temían, y sobrellevaban á Leontina; pero buscaban y adoraban á Lilia.

Esta preferencia, manifestada continuamente por todos los sirvientes de la casa, y aun por los amigos de M. de Coulanges, engendró en el corazón de éste una envidia, que destruyó insensiblemente la inclinación que Lilia le había forzado á acordarle. Como el hombre mas juicioso cesa de ser consiguiente desde que le tiene alucinado un afecto particular, sostuvo el coronel que la gracia ingenua de esta niña no era mas que sosería, su agasajo hipocresía, sus adelantamientos un simple efecto de la memoria; finalmente, cuanto Lilia reunía para agradar, debía, en su sentir, hacerla detestar.

Tanta injusticia irritaba al bueno de M. de Horicourt, quien aunque de avanzada edad y afecto de varios achaques de la vejez, había conservado una viveza y calor de ánimo, que le movían á tomar la defensa de su nieta con el tono y autoridad de una primera cabeza de familia.

Volvió á empezar la guerra en Alemania: de nuevo se vió el coronel de Coulanges en la necesidad de separarse de su parienta é hija; partió esta vez sin dar á Lilia *el buen beso*, y duró unos dos años su ausencia. Se señaló con nuevos prodigios de valor, y contribuyó tan gloriosamente para ganar una batalla decisiva, que fué promovido al grado de general, y condecorado con la gran cruz de la Legion de Honor, y cuantiosamente dotado.

Leontina cumplía entonces los nueve años, y Lilia los doce. La primera, á la vuelta de su padre, hecho uno de los mas afamados generales, concibió tanta soberbia á la vista de sus relevantes insignias distintivas, que se creyó muy superior á su hermana. No había día, ni aun momento, en que no le diese á conocer esta supuesta superioridad, tratándola de simple hija de comerciante, y de mera particular. A todos estos ultrajes no respondía Lilia mas que callando y resignándose; pero en las lucidas concurrencias que había en casa de M. de Coulanges, en las demás reuniones y paseos, quedaba bien vengada por el público, que se apresuraba á preferirla abiertamente á su orgullosa hermana.

Echábalo de ver á menudo el general; y sea obcecación de un padre, ó sea viveza natural, hacía pagar algunas veces á la pobre Lilia su conocida preeminencia, abochornándola con mil desaires, que no hacían mas que intimidar á esta huérfana hechicera, pero que la conducían necesariamente á un estado en que se mostraba mas tierna é interesante todavía.

Suscitóse un día sobre ella una acalorada disputa entre el general y el abuelo de la niña. Este reconvenía justamente al yerno sobre sus extrañezas con Lilia. M. de Coulanges se encolerizó con demasía, y acabó declarando que él era dueño de su casa..... «Es decirme, repuso el anciano, que no estoy ya en la mia, y me aprovecharé del aviso.» Desde el siguiente día, pues, M. de Horicourt, á pesar de las disculpas del general sobre su arrebatado, de las vivas instancias de su hija, y lágrimas de Lilia con particularidad, inconsolable por la separación de su abuelo, dejó la casa en que vivían juntos, y se retiró á una casita de campo que tenía en Soisy-sous-Etoile, á orillas del Sena. Como era reducido su caudal, y que su grandeza de ánimo no le permitía recibir nada de sus hijos, no se hizo acompañar mas que de Margarita, antigua cocinera que le servía treinta años hacía, y que no quiso dejar jamás á su anciano amo.

El general celebró infinito en su interior el haberse desembarazado de tan austero censor: y su mujer, deslumbrada con el torbellino de la mucha frecuentación de gentes, y no temiendo cosa ningun-

na mas que el desagradar á su marido, se separó de su padre con resignación. Leontina, á la que su abuelo corregía con frecuencia, se alegró de verle marchar; y únicamente Lilia, y German, ayuda de cámara del general, se mostraron pesarosos verdaderamente de la partida de M. de Horicourt.

Madama de Coulanges envió al principio con mucha frecuencia á saber de la salud de su padre. El general, que al separarse tuvo con él una muy acalorada explicación, juró que no volvería á ver ya en su vida á aquel viejo regañón é inflexible. Madama de Coulanges al cabo de algun tiempo mandó de nuevo varias veces que German fuese á informarse sobre la salud de su padre, y acabó dejando pasar meses enteros sin cumplir con esta obligación, no por una indiferencia reprehensible, sino por un olvido involuntario, efecto ordinario del mucho trato de gentes en que se veía engolfada. M. de Horicourt sintió vivamente este olvido en el alma; pero lo que acabó de enconar á este anciano, es que habiendo rogado al cabo de unos meses de mansión en Soisy que permitiesen á Lilia venir á pasar unas semanas en compañía suya, se opuso á ello el general, y su tímida parienta no tuvo valor para resistirsele. Indignó en tanto grado esta negativa á M. de Horicourt, que prohibió positivamente á su yerno é hija presentarse jamás á él, declarándoles que su presencia turbaría su pacífico retiro.

[Continuará.]

LA VAJILLA.

Papá, decía Carolina con mucha zalamería á su padre, yo quisiera tener una vajilla como la que he visto el otro día en el *Gran Bazar*. ¡Si viera vd. qué cosa tan mona! Allí había cuanto hace falta para el servicio de una mesa. Fuentes, platos, tacillas tan chiquititas y tan relucientes: botellas y vasitos de cristal, cucharitas y tenedores de platina; la sopera con su tapa, y hasta las servilletas metidas en su aro, y todo esto se guarda dentro de una caja. ¡Ah, papá! ¿me la comprará vd.?

—No tengo inconveniente, hija mia. Te prometo que la primera tarde que salgamos juntos entraremos en los Tirolenses á comprar esa caja que tanto te gusta; pero ha de ser bajo una condición. Tú tienes el defecto de ser algo curiosa, y como esta es una falta muy fea en las niñas, es indispensable el corregirse de ella. Ya me han dicho que empiezas á enmendarte.....

—Sí señor, papá mio.

—Está bien; pero quiero yo hacer la prueba por mí mismo.

—Como vd. guste, papá.

—Bien: vé ahora al gabinete de tu mamá, que allí estaré yo dentro de un rato, y sabrás lo que debes hacer.

Todavía no había concluido Carolina de contar á su madre lo que acababa de suceder, cuando entró su papá, llevando en la mano una bonita caja de esas que sirven para regalar pastillas y diabólicos, y entregándosela á su hija, dijo:

—Carolina, tal vez esta tarde misma tendrás esa caja que tanto deseas, si me das palabra de no abrir esta hasta que yo te la pida.

—Pierda vd. cuidado, papá.

Se quedó la niña con la caja, mirándola y remirándola, y apenas se vió sola, cuando..... ¿se creerá lo que voy á decir? ¡Pues abrió la caja de golpe y porrazo, sin tener presente lo que su padre deseaba, ni lo que ella misma acababa de prometer! ¡Tan difícil es resistir á una costumbre inveterada y desarraigar un vicio á que se ha dado entrada en nuestro corazón!

Dentro de la caja había dos moscas, las que, por pronto que la niña quiso cerrar, echaron á volar dejándola estupefacta. Sentóse en una silla con la caja vacía en las manos, reflexionando sobre lo que le pasaba; pero como su imaginación era muy viva, al instante se levantó, diciendo:

—¡Por qué poca cosa me apuro yo! ¿Si se han escapado las moscas, hay mas que coger otras dos y meterlas en la caja? Así mi papá no puede conocer que la he abierto.

Así hablaba la niña sin reflexionar que su padre pudiera, y aun es lo mas probable que lo estuviese haciendo, acechar todo cuanto ella ejecutaba.

Púsose, pues, á cazar moscas, dando manotazos arriba y abajo, hasta que al fin atrapó una. Iba ya á meterla en la caja, cuando sintió cierto remordimiento y dijo para sí:

—Pero si guardo otras moscas en la caja y se las presento así á mi padre, lo que voy á hacer es engañarle, y engañar á su papá, ¿no será una falta todavía mas grave que el abrir la caja? ¡Oh! ¡yo no tengo valor para engañar á mi papá! Lo mejor es decirle la verdad y que haga despues lo que quiera.

Dicho y hecho, fué á buscar á su papá y le contó ingenuamente cuanto habia pasado. No sé yo á punto fijo el efecto que esta confesion haria en el buen padre; pero sin duda fué favorable, puesto que la niña posee la caja con su vajilla completa y con ella ha dado á sus amigas el simulacro de un magnífico convite.

Un aniversario en Londres.

[Continúa.]

John era un primo nuestro; era policía. Cuando fué á casa, habló largo rato con mi madre, la cual fué á recibirle á la escalera, como para tomar aire. Cuando ella volvió á entrar, me hizo señas de que tenía que hablarle. Pero eso no era fácil; mi padre no la perdía de vista. Felizmente, se durmió un poco por la tarde.

«Gregorio, me dijo mi madre, tu padre no puede ya ganar dinero; es preciso que trabajes, hijo mio; es preciso que trabajen tus hermanos y hasta tus hermanitas. Dentro de dos dias, no habrá un penique en la casa; he economizado, pero ya no puedo más.

—¡Oh madre! exclamé arrojándome en sus brazos; yo estoy fuerte, ¿qué debo hacer?

—Mañana, me dijo, irás á buscar á John; él te conducirá al barrio de los barrenderos, en donde uno de sus cuñados es jefe; de ahí, te conducirá con tus tres hermanos al lugar que se os tendrá designado, y allí, hijo mio, os darán una escoba á cada uno y barreis con mucho cuidado para formar pequeños pasillos á los transeuntes que lo deseen. Tendrás cuidado de tus hermanos y de tu hermana, no les permitas alejarse. Jenny es aturdida, vela por ella; tengo miedo de los carruajes, no por tí, que eres reflexivo, sino por los otros. ¡Ah, hijo mio! ¡Que no pueda yo ir en tu lugar! continuó lanzándome una mirada que penetró hasta mi corazón.

—Barreré, barreré muy bien, madre mia, la dije; eso no es muy difícil y los chicos no tendrán riesgo estando conmigo; ¡enjuga tus lágrimas!

—«Ah, ¡hijo mio! éramos demasiado felices.....»

Despues de besarme prosiguió mi madre:

«Me das valor; nada mas tengo que recomendar-te, sino que seas atento con las damas y con los caballeros, Gregorio; no les importunes, no pidas demasiado. Da gracias á los que te den alguna cosa, pero no te enfades contra los que no te den, porque no todo el mundo puede dar.»

«A las dos ireis á comer á donde os diga John; en casa de unas buenas gentes que tienen una pequeña fonda. No hareis caso de lo que en esos sitios suelen hablar las personas grandes, permaneciendo siempre aparte y reunidos, ¿no es esto? Por la noche volveréis; que ¡Dios te proteja, mi Gregorio!

Hacia ya quince dias que mi madre tenía esa idea en la cabeza. La mañana siguiente nos dió unos trajes gruesos que nos habia arreglado con los usados por mi padre; tenían muchas piezas y costuras, pero eran amplios y abrigadores. Partimos todos cinco con el corazón alegre á causa de la idea que teníamos de que íbamos á ser útiles. Mi madre nos acompañó hasta la puerta, y desde allí nos siguió con la vista en tanto que le fué posible. Cuando volvimos la esquina de la calle, se me oprimió el corazón; pero pensé que era el jefe y debia por lo tanto dar el ejemplo de buen humor. Durante el camino, expliqué lo mejor que pude á mis hermanos, lo que íbamos á hacer. Les repetí las palabras

de mi madre; me prometieron obediencia, é hicimos todo tal como se habia convenido.

Por la noche entramos á casa con dos chelines; muy fatigados, pero buenos y contentos. Mi madre nos esperaba á la puerta; ¡qué recepcion tan tierna!

Mi padre, á quien ella habia referido nuestra nueva ocupacion, nos hizo acercar á su lecho, y me dijo:

«Gregorio, este dia, debe ser muy grande para tí; desde hoy sabes que el hombre puede y debe vivir de su trabajo. Temprano aprendes esto; pero acaso sea mejor. Nunca es temprano para mirar frente á frente la vida. Tú has hecho hoy mis veces al lado de tu madre y hermanos; prométeme que en tanto que sea preciso, aunque lo sea toda la vida, serás para ellos lo que has sido hoy; prométeme que nunca los abandonarás cuando seas grande; yo nunca os hubiera abandonado si eso dependiera de mí.

—¡Oh, padre! tú vas á sanar, le dije.

—Que sea como Dios lo quiera, me contestó.

—En cuanto á mí, repliqué, cuidaré de mi madre y hermanos; está tranquilo.

—«Lo estoy, dijo él enjugando las gruesas gotas de sudor que corrian por su frente. Sí, lo estoy, veo que eres un bravo muchacho, y este es un gran consuelo para mí.»

Hacia ya quince dias que ejerciamos nuestro oficio, los chicos iban bien, yo lo mismo, aunque era algo rudo eso de barrer siempre y cualquiera que fuese el tiempo que hacia. Mas cuando despues de obtener por nuestro trabajo una pequeña suma, podiamos ir á aquella abrigada fondita á comer un buen trozo de pan y á beber entre los cuatro una pinta de *ale* (cerveza blanca), era digno de ver cómo nos regocijábamos. Solia haber allí obreros mayores que nosotros, pero nunca otros mas contentos. «¡Bravo! nos decia el tabernero; comed bien y bebed, que habeis trabajado mucho; y tú, niña, decia á Jenny, acércate á la chimenea para secar tus ropas, que están muy húmedas.» Jenny era la mas delicada, pero no la ménos activa de nosotros; y su amable carita nos valia mas de una buena propina, porque ordinariamente era ella á quien daban las señoras.

[Continuará.]

El Gallo-Conejo.

(FABULA.)

Uno entre jóven y viejo
Pobre patan de Almaguér,
Trajo á Madrid á vender
Un lindísimo conejo.

Notaron tres estudiantes
Su caminar chabacano,
Y al verle conejo en mano,
Dijeron los muy tunantes:

—«Vamos con maña y despejo,
Sin que él se atreva á negallo,
A hacerle creer que es gallo
Ese gazapo ó conejo.»

Convenidos en el plan,
Separáronse los tres,
Y uno tras otro despues
Cayeron sobre el patan.

«Buenos dias, buen maese!
Dijo el que ántes le topó:
¿Cuánto quiere usted que yo
Le dé por el gallo ese?»

—«¿Por este gallo? ¡San Blas!
¿Ha empinado usted el codo?»
—«Hombre, usted será el beodo,
Y el muy bellaco además.»

¿Aun querrá decirme usted
Cómo ese bicho se nombra,
Cuando estoy viendo su sombra
Proyectada en la pared?»

—«¿En qué pared?»—«¡Huy qué potro
Es hablar á quien no entiende!
Pero en fin..... ¿no me lo vende?
Pues á la plaza por otro.»

Dichas aquestas razones,
La espalda el truhan volvió,
Y el paleta se quedó
Lleno de mil confusiones.

—«¿Qué habrá querido decirme,
De sombra y pared hablando?
(Dijo el patan, caminando
Más vacilante que firme):

Voy á acercarme á esa esquina
Donde hay más sol y más luz,
Que esto, por la Santa Cruz,
Me aturde y me desatina.»

Hízolo así, y no fué en vano,
Pues vió la sombra, y al vella,
Dijo: «Conejo es en ella,
Y conejo es en mi mano.»

Más lejos fuera quizás
En su discurrir prudente,
Si el segundo impertinente
Tardára un momento más.

—«Lo he visto bien, exclamó,
Y me complace á fé mia,
Pues cabalmente venia
A comprar un gallo yo.

«¿Qué vale ese gallo ruin?»
—«¿Cuál?»—«El que está usted mirando.»
—«Pero, hombre, por san Fernando!»
—«Pero, hombre, por san Crispin!»

—«Es que... ¡por Cristo y su Madre!
Es conejo, y bien crecido.»
—«¿Conejo? Usted ha bebido:
Que le aproveche, compadre!»

Dijo, y marchóse tambien
Aquel segundo truhan,
Dejando al pobre patan
Patan elevado á cien.

Temblando del pié al cabello,
«¡Virgen María! exclamó:
¿Será que he bebido yo,
Y que no he caido en ello?

¿Será que en estos Madriles
Se llame el conejo, gallo,
Pues nadie pronuncia fallo
En términos conejiles?

Dudoso estoy y perplejo!
Mas voy á salir de errores:
¡A mi conejo, señores!!
¿Quién me compra este conejo?»

Así el pobre voceaba
Con afanoso interes,
Cuando vino de los tres
El último que quedaba.

—«¿Dónde lleva usted, le dijo,
El conejillo, paisano?
Porque el que lleva en la mano
Es gallo, segun colijo.»

«Señor, todo puede ser,
Contestó nuestro buen hombre,
Pues no sé en Madrid qué nombre
Le he de quitar ó poner.»

Usted ¿qué quiere comprar?»
—«Yo, un gallo.»—«¿Pero esto es gallo?»
—«Sí señor.»—«Pues vendo... y callo:
¿Cuánto por él quiere dar?»

—«Pida usted.»—«Tres pesetejas.»
—«Dóilas, si tiene espolones.»
—«Caballero... mil perdones!
Mas para mí... son orejas.»

—«Entónces, el gallo es mio.»
—«¿Pero se empeña en que es gallo?»
—«Sí señor.»—«Pues vendo, y callo:
Tómelo usted..... y al avío!»—

Con esto, sin decir más,
Vendió el conejo, y marchóse,

Y á su lugar dirigióse,
Y santiguóse además.

Y el pobre sigue perplejo,
Y es tal su duda y tan grave,
Que á estas horas aun no sabe
Si vendió gallo, ó conejo.

*Quien no se sabe apoyar
En su razon firmemente,
Aun de lo más evidente
Llega por fin á dudar.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCTARNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION PRIMERA.

De la conversacion en general.

[Concluye.]

XIII

Evitemos siempre entrar en discusion con personas que no sean conocidamente discretas y de buen carácter; y sobre todo con aquellas que estén siempre animadas de un espíritu disputador y de contradiccion.

XIV

Si á veces nos es lícito comunicar á nuestro razonamiento aquel grado de calor y energía, que se permiten los hombres cultos en medio de una decente discusion, tengamos presente que en sociedad con señoras, jamás debemos salir de un tono dulce y afable, sean cuales fueren las materias que con ellas discutamos.

XV

Cuando la sociedad no pasa de seis ú ocho personas, la conversacion debe ser general, es decir, que solo una persona debe usar de la palabra, y ser oída de todas las demás; pero cuando la reunion es numerosa cada cual puede conversar con las personas que se encuentren á su lado, prefiriendo siempre aquellas con quienes tenga alguna amistad.

XVI

Cuando la conversacion es general, es una incivilidad el llamar la atencion de una persona para conversar con ella sola.

XVII

No hablemos jamás en una sociedad sobre materias que no estén al alcance de todos los que nos oyen, ni ménos usemos de palabras ó frases misteriosas con determinadas personas, ni hablemos á nadie en un idioma que no entiendan los demás.

XVIII

Cuando se nos dirija una pregunta, y no podamos ó no debamos satisfacerla, no contestemos con palabras que puedan arrojar la nota de indiscrecion sobre la persona que nos habla.

XIX

Es intolerable la costumbre que llegan á contraer algunos de hablar siempre en términos chistosos y de burla; y más intolerable todavía la conducta de aquellos que se esfuerzan en aparecer como graciosos. El chiste en sociedad necesita de gran pulso para que no se convierta en una necia y ridícula impertinencia; y no es, á la verdad, el que se afana en hacer reir, el que generalmente lo consigue.

XX

Cuando en un círculo llegan todos á guardar silencio, toca siempre al dueño de la casa, ó á la per-

sona mas caracterizada, tomar la palabra para reanudar la conversacion.

XXI

Cuando acontezca que dos personas tomen simultáneamente la palabra, el inferior la cederá siempre al superior, y el caballero á la señora.

XXII

Siempre que una persona canta, toca, ó hace cualquiera otra cosa con el objeto de agradar á la sociedad, es una imperdonable incivilidad el conversar aun cuando se haga en voz baja.

XXIII

Jamás deja de ser molesta y fastidiosa la conversacion de una persona, cuando ésta habla con exceso. Los que llegan á adquirir este hábito, concluyen por hacerse intolerables en sociedad, y no hay quien no evite encontrarse con ellos.

XXIV

Es igualmente insoportable la excesiva parsimonia en el hablar. La persona que por lo general no hace otra cosa que oír á los demás, manifiesta un carácter insociable y reconcentrado, ó bien una carencia absoluta de dotes intelectuales, circunstancias ambas que la excluyen de todo círculo de gente culta y bien educada.

LOS SAPOS VENENOSOS.

Generalmente es indicio de perversidad de carácter, la inclinacion que tienen los chicos á mortificar y exterminar á los animales. Esta costumbre debe reprimirse, y no valga decir que hay animales dañinos y perjudiciales y que es preciso acabar con ellos; porque aun este exterminio tiene inconvenientes, como el que se expresa á continuacion.

Un niño de seis años se entretenia con otros muchachos de su edad en apedrear á un sapo grande, cuando de repente sintió saltar al ojo una cosa. Inmediatamente despues fué acometido de un dolor espasmódico en el mismo ojo que únicamente aparecia algo inyectado de sangre. Como á las dos horas tuvo comezon, bostezos continuos, imposibilidad de mantener abiertos los párpados y saltos de tendones. Se llevaba á la boca los objetos para morderlos con frecuencia, siendo las orinas abundantes y de color natural, las cámaras eran escasas, tenia pandiculaciones, aversion á la bebida y se llevaba las manos á los órganos genitales. Levantado, presentaba una fisonomía profundamente alterada, la cabeza y los brazos en una continua agitacion. Tan pronto gritaba como que se quejaba, cayendo en seguida en la cama. Este estado duró dos dias, al cabo de los cuales se obtuvieron algunas cámaras, en las que se encontraron algunas lombrices.

Al sexto dia de la enfermedad, se le notaba cierta apatía y una especie de estupidez; el pulso regular. Al cabo de algun tiempo de calma, se salió de la cama y echó á correr como un loco por la casa, dando aullidos continuos, con los ojos inyectados de sangre, la lengua seca, el pulso irregular, y el calor del cuerpo no febril. A los diez dias no quedaba mas que cierto estupor é imposibilidad de hablar, cuyo estado aun persiste desde hace mucho tiempo.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Quiero ponerme en el caso de un padre que tuviera un hijo á quien educar.

Mi primer cuidado seria robustecer su cuerpo, y robustecer su alma, segun los principios de los estóicos.

Es fácil formar el carácter del niño como se quiere; pero es en extremo difícil destruir un carácter ya formado.

Pero como nada es mas propio para acostumar á un niño á ser dócil y razonable, y á dominar sus pasiones, que el ejemplo y la compañía, yo tomaria

sobre mí las mayores penas para proporcionarle el ejemplo y la compañía que fuesen necesarios.

La sola sociedad de una persona virtuosa, tiene mas influencia en el corazon que todos los preceptos y reglas morales posibles.—WEIKARD.

Las relaciones domésticas del hombre, son las primeras y mas importantes en la naturaleza.

Por tanto, ¡oh tú, hogar paterno! eres el fundamento de la educacion puramente natural del hombre.

Hogar paterno, escuela de las costumbres y de la nacion.—PESTALOZZI.

Reconocemos la superioridad que la antigua Grecia y Roma tuvieron sobre nosotros en los arreglos interiores, las maneras y las costumbres; pero ninguno hay que trate de ponerlas en práctica.

Era la similitud de educacion del alma y el cuerpo, lo que hizo que aquellas naciones se elevasen tanto sobre nosotros, á pesar de que blasonamos de poseer el mayor grado de civilizacion.—TETZNER.

Despues de todo, ¡cuán importante es que el padre y la madre cuiden de la salud corporal de sus hijos! El alma queda condenada á la desgracia, desde el momento en que no tiene un instrumento corporal sano y perfecto.—ZSCHOKE.

¿Cómo es que «gimnasio» solo significa ahora un lugar donde los jóvenes permanecen quietos, donde dejan deteriorarse el cuerpo? La palabra significa un lugar para ejercitar el cuerpo. Para los griegos, era un hecho; para nosotros, es una palabra.—GOETHE.

El canto del cisne.

[FABULA.]

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
Llegaron á mí,
Paloma nativa
De extraño país.
Decid, ruiseñores,
¿Quién canta? decid.
Yo igual melodía
Jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
Por este jardin,
El músico dulce
Le tienes aquí.
De viejo anhelando
Cesar de vivir,
El cisne celebra
Su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas,
Conmigo venid:
La muerte admiremos
Del ave feliz.
¡Bien hayan las vidas
Que acaban así!
¡Bendito el que puede
Cantando morir!

DICHOS Y HECHOS DE NIÑOS.

Alcibiades, siendo muy niño, se hallaba jugando en la calle con otros de su edad, cuando acertó á venir por allí un carretero guiando su carro. Como se empeñaba en pasar, y eso estorbaba el juego, le suplicó se esperase un poco hasta que concluyera; pero el hombre sin hacer caso hizo ademan de pasar. Entonces Alcibiades se arrojó al suelo delante de los caballos, diciendo al carretero que pasase; pero él se guardó muy bien de hacerlo y tuvo que esperar hasta que acabó el juego.